

cuento



Carlos Alberto Martínez Mendoza

Jairo Andrade

Sara Fenández Rey

Patricia Amparo Bernal Ospina

De nuevo un hombre en casa

Carlos Alberto Martínez Mendoza*

La mujer se levantó con el sol. Se bañó en el cuartito techado con palmas amargas y se envolvió en una camisa limpia de su marido. Se alisó los cabellos con aceite de corozo y se peinó con un peine de carey. Se trenzó las puntas rebeldes y se dejó las gotas del baño sobre la nuca. El sol se anunciaba ardiente y resolvió vestirse con un vestido de algodón teñido de negro y almidonado en los puños. Se miró en el fondo de la tinaja donde se empozaba un agua verde y vieja, agitada de gusarapos. Se sintió mejor. Estaba dispuesta a no llorar, y así lo hizo. Caminó por el borde de la calle, rozando las ventanas de las casas bajas, y llegó a la plaza. Sobre costales de fique extendidos se exhibían los huesos y cráneos. No sería fácil hallar los huesos de la cadera de su marido. Tantas noches, bajo la sábana, había palpado la deformación y el hueco dejado por la bala y sabía que en eso no podía engañarse. No podían existir dos crestas iliacas iguales, ni siquiera parecidas. Sabía que su dedo anular cabía perfectamente en el orificio, pues muchas veces jugó a desposarse mientras él le ofrecía el anillo de compromiso de su cadera.

Caminó a lo largo de la hilera de restos blancuzcos expuestos con decoro y buen gusto. El jefe militar de la zona estaba sentado en una silleta de mimbre y se golpeaba la rodilla izquierda con una fusta de cuero. La sombra de la mujer se alargaba contra la plaza y teñía de rapé la pila de huesos. Miró con desdén los cráneos pequeños, frágiles al tacto. Reconoció los fémures de las mujeres. Hizo una inspección rápida con el propósito de elegir el montón preciso, donde tenía la certeza de reconocer la cresta iliaca de sus afectos. Se recogió la falda entre las piernas, se echó la trenza hacia atrás y se agachó sobre un montoncito donde alguien había jugado a reunir el esqueleto de un hombre de huesos firmes y esbeltos como los de su marido. Pero la cresta iliaca izquierda no estaba. Comprobó el tamaño de la cabeza, el bultito del temporal derecho y la pureza de sus pómulos, que siempre soñó fueran de plata bruñida. Acomodó los huesos y se dedicó a buscar el último de los componentes, la pieza más preciada. Tenía la certeza que su esposo había muerto en esa emboscada y que esos cadáveres, pelados por las aves de rapiña y la intemperie, no habían sido confundidos con ningún otro cargamento de muertos. Buscó y rebuscó y, al caer la tarde, disimulado en un pliegue del costal de fique creyó hallar la pieza, aunque no tenía el orificio. Se dijo que quizá la muerte le había restituido su integridad original. Compró una chuspa de plástico y guardó el esqueleto; al caminar cloquearon las piezas óseas como fichas de dominó y le gustó la música.

Llegó a su casa y, sobre el mesón, en el cual acostumbraba amasar las achiras y las arepas de sagú, puso los restos. Los unió con piola, dejando el espacio necesario en-

* Egresado del TEUC. Ha obtenido diversos reconocimientos en concursos nacionales. El cuento publicado fue ganador del Concurso Nacional de Cuento del Departamento de Humanidades y el Taller de Escritores de la Universidad Central –TEUC– Año 2009

En otro lugar, cerca de allí, al otro lado del río, un hombre huía de un aljibe seco, zafaba la rejilla de hierro, abría la tapa de latón y salía a un patio desolado. Las reses estaban acuchilladas y eructaban por las heridas sanguaza verduzca

tre coyuntura y coyuntura para improvisar los ligamentos y cartílagos. Tenía resina suficiente y, durante los tres días siguientes con sus noches se dedicó, sin rencor, más bien entusiasmada, a articular el esqueleto comenzando por enhebrar las vértebras y falanges, los carpos y tarsos. Comprobó la perfección de la armadura de su marido. Cuando estuvo listo envolvió los huesos en tiras de caucho y los forró con espuma amarilla. En la cara demoró un día completo. Amasó la greda y fue rellenando los espacios con delicadeza. Era su obra maestra. Finalmente, le incrustó una canica en cada cuenca y lo vio sonreír. Los dientes estaban intactos y completos y sobre el labio inferior brillaba el colmillo forrado en oro de dieciocho quilates. No se preocupó por los cabellos; el sombrero pelo de guama se encargaría del resto. Sintió; sin embargo, una especie de desilusión al recordar sus cabellos ásperos, como crines de mulo revueltos en la coronilla. De niño, sus hermanos lo molestaban porque tenía cuatro remolinos ariscos. Cuando estuvo terminado, lo vistió con

los pantalones de caqui y la chaqueta de pana que usaba para asistir a los funerales y matrimonios. Limpió los zapatos de cuero con alcohol metílico y los embetunó a conciencia. Comprobó la deformación del maléolo interno del pie derecho y un desnivel en la suela del lado de los talones. Calzó los pies y le amarró los cordones con dos vueltas, como acostumbraba hacerlo él. Le acomodó el cuello que estaba pasado de almidón y le puso una flor en el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta. Lo recostó en el chinchorro y le colocó el bordón de guayacán a un lado. Se alejó para mirarlo y se sintió protegida. “¡De nuevo un hombre en casa!”, celebró al verlo de medio lado, con el ala del sombrero ocultando el ojo derecho.

En otro lugar, cerca de allí, al otro lado del río, un hombre huía de un aljibe seco, zafaba la rejilla de hierro, abría la tapa de latón y salía a un patio desolado. Las reses estaban acuchilladas y eructaban por las heridas sanguaza verduzca. El potrero estaba agitado de aletazos grisáceos y sarnosos. Corrió brincando por encima de los vientres templados de las vacas y llegó a la cerca de alambre de púas. Se apoyó en una estaca de arrayán reverdecido y vio a lo lejos las bocanadas de humo y las lenguas alegres del incendio que consumía los trapiches y las haciendas. Saltó la alambrada donde quedaban enredadas, en las estrellas cortantes, motas de pelo y jirones de piel resecos y retorcidos bajo el sol. Dio un rodeo y siguió por el borde del río. Se frotó los ojos. El sudor era un compuesto de alumbre, sal de nitrógeno y salmuera. Resbalaba por su cuello como unguento de alquitrán, y se sintió sucio. Se desnudó en la orilla, sobre una piedra lisa patinada de verdín. No pudo quitarse las botas de caucho y se adentró en el río, calzado. Al fin pudo desprenderlas de la suciedad de los dedos y la planta de los pies. Nadó despreocupado dando volteretas. Los rayos del sol se astillaban contra la corriente y la arena; el aire se enredaba en los zarzales. Buscó la orilla braceando con ganas y se vistió a su pesar. Las ropas estaban atezadas por el sudor y olían a cecina y huevos corruptos. A pesar del

baño, el cuerpo despedía un vaho de valvas de caracol. Lavó las botas, se calzó y caminó río abajo. El agua bajaba revuelta y transportaba troncos de balsa y ramas de ceiba. En un recodo columbró un cadáver sonriente, sin heridas. Lo detuvo y examinó sus ropas intactas, limpias, apenas con montones de arenisca y hierbajos. Lo sacó a la orilla y lo desvistió. Era un hombre joven, recién afeitado, aún con las guías de los bigotes olorosas a alhucema. No presentaba heridas ni magulladuras. Usaba botines de cabritilla, cinturón de lustrina y tenía la apariencia desgarrada y feliz de un muerto bueno. En uno de los bolsillos laterales de los pantalones de lino guardaba unos billetes y un escapulario con la foto de una mujer de ojos de cereza. Usaba prendas interiores de algodón y una soguilla de oro alrededor del cuello. Nunca lo había visto, pero le pareció familiar. Lo puso de pies y el ahogado se fue hacia atrás; lo alzó en vilo y lo acaballó sobre sus hombros. Se abrió paso por entre las ramas y los troncos caídos y llegó a un rancho campesino. El dueño del rancho, un anciano enteco y triste, lo dejó entrar y entre ambos colocaron al muerto al lado del fogón. Las llamas ariscas le dibujaban culebrinas doradas y fugaces en el rostro. El anciano preparó el café y los dos hombres, en silencio, tomaron la bebida en totumas labradas. “Murió de muerte natural”, dijo el viejo, disimulando con dificultad el asco. “Sí, murió de muerte natural”, repitió el recién llegado y el muerto pareció asentir avergonzado. Un perro tímido, improvisando quejidos zalameros, entró, movió la cola y hundió el hocico en la axila derecha del muerto. El viejo le acarició la cabeza y las orejas frías. El animal, con los ojos húmedos, se alejó del frío del cadáver y se revolcó en la ceniza tibia del rescoldo. “¡Barcino!”, llamó el viejo y el perro alzó las orejas, aguzó el hocico y huyó volcando un taburete. En el fondo del rancho había una hamaca colgada, una escopeta de fisto sobre una mesa y tarros de lata encima de una tabla. En el corral bramaba una vaca. El viejo se puso de pie con trabajo y sintió un dolor recóndito, pero familiar, en la cintura. “Puede dormir aquí”, dijo el anciano señalando la hamaca.

“Mañana, antes de amanecer, sigue su camino”, le aconsejó el anciano. Fumaron tabacos y cenaron pescado guisado y yuca asada. El anfitrión agotaba sus últimas reservas. Conversaron hasta tarde la noche y cuando quisieron dormir, se dieron cuenta que ya no tenían sueño. Tampoco sentían cansancio, sólo el muerto les mortificaba. Era algo anómalo y ofensivo: desde hacía muchos años, tantos que el anciano no atinaba a precisarlos, en la región no moría nadie de muerte natural. Todos abandonaban este mundo con heridas de bala o machete.

Antes del amanecer cavaron el hueco y enterraron al joven de los pantalones de lino. Sobre el lomo de tierra negra y húmeda, amontonaron piedras traídas del río. El más joven consideró indigno vestir sus prendas y lo inhumó con los zapatos de cabritilla y las ropas de lujo. Volvieron a preparar café y, esta vez, lo acompañaron con plátanos verdes sancochados. Los días de abstinencia le habían reblandecido el estómago al huésped y la combinación de café y plátano le produjo un ardor sulfúrico en el pecho. “Muchas gracias por todo”, agradeció mientras acariciaba la hamaca que zarandeaba la brisa montañera. Apretó entre la suyas las manos del anciano y sintió años y años de desvelos y desengaños en los callos del dorso y en los entrenudos coronados de lobanillos. El viejo suspiró y lo vio alejarse más allá del alar, leve y remoto, como un alma en pena. Regresó al fogón y atizó los leños: la llama se agitó por encima de su cabeza y sintió una oleada de calor agradable en el rostro. El río bramaba por entre las peñas y los micos aulladores iban de un lado para otro columpiándose entre las altas ramas de las ceibas y los guayacanes. El viajero calculó el tiempo y supo que le faltaban siete leguas para llegar al pueblo. Llegaría al mediodía.

Caminó por trochas y caminos de herradura, pero no se cruzó con nadie ni siquiera con recuas de mulas o perros vagabundos. Arriba revoloteaban los aeroplanos y los gallinazos. Se detuvo frente a una hacienda y entró. Caminó por un pasillo de baldosines color

hueso y llegó hasta la cocina. En los cántaros se cuajaba la leche y en el poyo de granito se apollaban las mazorcas y los gorgojos engordaban sobre puños de arroz. De un montón de guayabas agrias sobresalían gusanos relucientes. En el piso había manchas pardas y carne seca. En una jaula un loro repetía imperturbable: “Lorito real, alza la pata que soy liberal” y, sonrió. Sin duda era el único *cachiporro* en estas tierras de godos. Tal vez su plumaje verde con pizcas azules lo había salvado. Se entretuvo acariciando las plumas del pájaro y repitiendo su cantinela hueca. El péndulo del reloj de pared se agitó en su celdilla y supo que eran las once de la mañana. Se dejó caer en una mecedora de asiento y espaldar trenzados en fibras de cáñamo. Estiró las piernas y entrecerró los ojos. Lo demás fue un sueño, una dulce herida de la nostalgia, una melancólica y balsámica emergencia del pasado:

Vio el trajín de los negros en el patio; pilaban el arroz en amplios pilones de madera y vio el sudor en los brazos de chapapote que subían y bajaban con la mano de guayacán, lisa y pulida en el resplandor de un sol de invierno. Una anciana de cabellos blancos llamaba las gallinas; sus manos de sarmiento desgranaban las mazorcas y sobre el tablado repicaban los granos de oro. En el centro del potrero estaban los jinetes y un rebaño de novillos con las entrepiernas manchadas de violeta de genciana, yoduro de plomo y azul de metileno. Los guayacanes florecían encima de la caballeriza y la brisa galopaba sobre las espigas doradas. De la cocina venía un olor de pan recién horneado y el loro repetía, provocador, las consignas de Gaitán. Una mujer joven y hermosa movía los botones de un Philco. En el cielo se amontonaban los vellones de millares de ovejas, en los campos de algodón zumbaban los tractores y el sol rielaba en las extensiones sin límite. En una olla de aluminio hervían las criadillas tiernas y la bruma del sancocho flotaba en los corredores. Olía a zamarro recién curtido y a maíz tostado, a parva y melaza, boñiga fresca y bestias sudadas, montura y estribo, vergajos y aserrín. El mundo era amable y cierto, la vida fácil y agradecida, como la sonrisa de un niño.

El hombre despertó y se palpó la cabeza y el pecho. Estaba vivo, y aún no terminaba su viaje. En la pesebrera, sobre un travesaño de pino, había una silla de montar, unas riendas y un freno con grumos de hierba molida. Pero no había caballos, sólo un asno remolón bajo la sombra, como un espejismo del pasado en el denso silencio de la estancia. Ensiló al animal, subió con desgana y llegó al pueblo a las tres de la tarde. Caminó por el centro de la plaza y se bajó al frente de la única tienda. Pidió una cerveza fría y la señora le trajo la bebida amarga, tibia; en las estrías del cuello de la botella la tapa había marcado roscas de herrumbre. El hombre la limpió con la mano, frotando fuerte, y se empinó la botella. Sintió la boca llena de espuma y un picor en la garganta y experimentó una suave languidez. Fueron cuatro sorbos generosos y pidió la segunda. Al cabo de un tiempo, el mostrador estuvo lleno de envases vacíos y él hablaba con un soldado de lo duro de la milicia y de disparos en la nuca. Cuco Sánchez pellizcaba las cuerdas de una guitarra y cantaba entre suspiros una vieja ranchera. En la plaza estaba el jefe militar golpeándose la rodilla izquierda con la fusta y abanicándose con la gorra. Sabía cómo se llamaba, de dónde venía y cuál era su misión. Entre cerveza y cerveza, supo que su mujer tenía nuevo marido. “Un hombre muy formal, nunca sale, siempre está recostado en el chinchorro”, dijo la señora masticando las palabras y un canuto de caña. En una fiambarrera de malla se endurecían las mogollas y los mojicones. Las moscas dejaban sus cresas en un salchichón.

Pagó con los billetes que había tomado del ahogado y salió a la calle. El burro se había ido. Sobre la arena quedaba un montón de estiércol, el cual bajo la luz amarilla de la bombilla del alar parecía un manojo de afrecho. Caminó por la calle de su casa y vio por la hendija de la puerta las piernas del hombre calzado con sus zapatos y vestido



“La plaza volvió a quedar sola. Los pocos sobrevivientes empacaron sus corotos y tomaron el camino del río. Las puertas de las casas quedaron abiertas de par en par”. Imagen tomada de: <http://www.sxc.hu>

Tampoco podía introducir su dedo índice en el orificio de la cadera, costumbre adquirida después del balazo; única prueba, ahora, de su identidad

un momento el hombre los creyó cobardes, intimidados por sus denuncias. Un muchacho que estaba sentado en una banca, cerca de la tienda, se acercó y lo tomó del brazo. “Váyase, hombre”, le suplicó. “No insista”, le aconsejó el joven. “Entienda de una vez por todas: nadie puede matarlo, porque usted está muerto”. Fue un golpe sólido, inesperado, casi traicionero. Trastabilló contra las piedras de la plaza y cayó de rodillas. Se llevó las manos a la cara y empezó a llorar; intentó ponerse de pie y tras las lágrimas vio, desfigurado, al jefe de la plaza extendiéndole la mano. Aceptó la ayuda y se dejó arrastrar a la orilla donde estaban los huesos dispuestos en hilera. Lo extendieron en un costal de fique y él se sintió descansado. Había caminado leguas y leguas para llegar hasta allí. No opuso resistencia. Ensayó dormir del costado izquierdo como lo había hecho siempre, y no pudo; cambió de lado y tampoco se sintió cómodo. Se colocó boca abajo y sintió asfixiarse. Se puso boca arriba y se quedó dormido.

Despertó sobre una losa de cemento, dura y húmeda. Arriba, en el brocal, se rascaba un burro y un anciano afilaba un machete. La escalerilla subía en zig-zag hasta la luz, pero él tenía las piernas y los brazos rotos y no podía escalar las paredes del aljibe. Tampoco podía introducir su dedo índice en el orificio de la cadera, costumbre adquirida después del balazo; única prueba, ahora, de su identidad. Una mosca atontada por el calor bajó en espirales invertidas hasta su nariz, entró por la fosa nasal derecha y le hizo cosquillas en sus pulmones desgarrados. Entonces, supo que desde su muerte en combate, jamás había salido de la cisterna en la cual lo arrojaron sus enemigos.

Al mediodía el teniente se sintió descansado. Una llamada perentoria de su general le ordenaba continuar la labor de limpieza y la persecución de los bandidos. “Era lo que esperaba”, se dijo, y caminó hasta la tienda. Pidió cervezas para la tropa y ordenó a gritos robar unas cuantas reses y asarlas en el centro de la plaza. Mientras tanto, los soldados encostaban los muertos y los llevaban en carretones hasta el aljibe de la hacienda vecina.

La plaza volvió a quedar sola. Los pocos sobrevivientes empacaron sus corotos y tomaron el camino del río. Las puertas de las casas quedaron abiertas de par en par. Uno de los vecinos halló justo quemar las cosas que no podía llevarse, pero las llamas, avivadas por el viento que bajaba de la sierra, se propagaron en los días siguientes y todas las casas ardieron. La mujer, sentada al frente del chinchorro vio las lenguas de fuego que lamían los goznes de la puerta y achicharraban los cabezales de nailon, pero no quiso abandonar a su marido. Se ató las piernas en la silla y se dejó calcinar sin chistar una sola maldición, más bien feliz y victoriosa. Las llamas carcomieron los horcones y la casa se desplomó sobre los muertos calcinados. ■

con los pantalones de las grandes ceremonias. Entre las manos de su mujer vio una de las suyas, morena, salpicada por la llama de la lámpara de querosene. “Son felices”, se consoló y supo que durante los diez años de casados era la primera vez que veía a su mujer sosegada y confiada, en buena compañía. Y, por primera vez, se sintió bondadoso.

Tambaleándose, volvió a la plaza e insultó a grandes voces al teniente. Le gritó su cobardía y su indolencia, sus crímenes y robos, y alcanzó a quitarle la fusta y golpearle el rostro. El teniente le atajó el segundo golpe, le quitó la fusta y volvió a sentarse indiferente. Los soldados siguieron en sus puestos, ajenos a las ofensas del borracho. Por